

Buenos y Malos

Por

EM Ariza

Freeditorial 

No me pregunte por qué, pero he de confesarle que siempre ha sido para mí una aspiración secreta lograr ser el malo de la película. Ya sé que suena raro, qué le vamos a hacer. Pero no crea usted que es fácil conseguirlo. ¡Qué va!

Este tema de los buenos y malos es más complicado de lo que parece a simple vista. Si no observe.

¿Alguna vez ha visto una película de Bond... James Bond? Seguro que sí, porque me estoy refiriendo a ese súper agente conocido por sus íntimos como 007 al servicio de su Graciosa Majestad, y con licencia para matar.

Pues bien, ¿no le parece a usted que este caballero más que proteger al mundo -que se supone es su misión-, es el mundo quién debería protegerse de él pues suele producir más destrucción, muertos y heridos de los que pretende evitar?

Estos últimos los produce de todas las maneras y formas posibles. Me refiero a los muertos. Por disparos -que suele ser el método más vulgar-, devorados por enormes cocodrilos y tiburones, o envenenados por serpientes y arañas. Pero tampoco le hace ascos a fórmulas más sutiles: asfixia cutánea por pintar con pintura de oro el cuerpo de una chica preciosa; con rayos láser; electrocutar gente con ventiladores en las bañeras, o arrojarlas desde un tren, avión o barco; aunque también logra buenos resultados lanzando individuos al vacío desde satélites espaciales... En fin, un amplio catálogo de formas de cargarse al personal. A lo que cabe añadir edificios ardiendo, automóviles y barcos que explotan, barrios enteros devastados... ¡Este señor debe ser el terror de las compañías de seguros!

Con el debido respeto me atrevo a sugerir a su Graciosa Majestad que debería plantearse contratar a otro súper espía para que vigile y controle a 007, con el fin de impedir la ruina que este va organizando a su paso. Es como Atila, donde pisa no crece la yerba.

La pregunta es ¿007 es uno de los buenos? Si la respuesta es sí -como casi todos tendemos a responder automáticamente-, me gustaría saber qué tengo que hacer en esta vida para conseguir ser uno de los malos. El nivel lo pone muy alto.

Hay que reconocer que esto de la bondad y de la maldad es un asunto complejo, pues salvo deshonrosas excepciones como Hitler, Stalin, Mao y, ahora, el repugnante presidente de Corea del Norte cuyo nombre ni sé ni me importa, el resto de veces no está tan claro quién es el bueno y quién el malo.

Veamos otro ejemplo de esto con Kennedy y Krushev.

Al parecer, estos dos señores –aquí acudo a la sapiencia de Zoilo, pues lo de 007 era de mi propia cosecha- fueron los que protagonizaron la crisis de los misiles de Cuba allá por los años sesenta, con la que estuvieron a punto de mandar al infierno a todos los bichos vivientes de este planeta.

Les refresco la memoria al respecto. El líder ruso instaló misiles nucleares en Cuba -a 150 kilómetros de Florida-, igual que los yanquis los tenían en Turquía, en la frontera con la URSS.

Como respuesta a dicha instalación de misiles rusos Kennedy decretó un bloqueo de la isla caribeña, cosa que realizó colocando sus buques de guerra en aguas internacionales para impedir que pudiesen llegar más barcos soviéticos con armamentos, mientras exigía a éstos que retiraran los misiles ya emplazados en Cuba. En realidad este bloqueo era un acto de absoluta ilegalidad -e incluso se podría definir como un acto de guerra-, pues detenía a los barcos de otro país en aguas internacionales por la fuerza de las armas.

Después de muchas tensiones el líder ruso cedió –menos mal, si no ninguno lo hubiésemos podido contar- y comunicó que retiraría los misiles, evitando con ello el holocausto total que hubiese sido el resultado de un enfrentamiento nuclear entre las dos superpotencias.

Kennedy, en las negociaciones secretas que dieron paso a la solución del conflicto, hubo de comprometerse a dos cosas: retirar los misiles que USA tenía en Turquía, y no invadir Cuba. Pero el muy pillo se guardó bien de informar este acuerdo a la plebe para no perder imagen, y decidió no explicar las cesiones realizadas a su homólogo ruso ante la proximidad de unas elecciones. Con ello consiguió aparecer ante el público como el valiente héroe de la historia.

Si no lo cree sólo tiene que ver una película que Hollywood realizó sobre el tema, con Kevin Costner al frente, donde éste terminaba diciendo con cara de admirativo embeleso: *“Una vez más Kennedy ha salvado al mundo”*.

En este caso la historia nos presenta a Kennedy como el bueno y al presidente soviético como el malo, a pesar de que este último fue el que cedió retirando los misiles, y tuvo la caballerosidad de mantener en secreto las condiciones del acuerdo, lo que le hizo pagar un alto precio personal al ser presentado públicamente como el perdedor de la crisis. Poco después, por ello, lo echaron del cargo sus propios colegas. Se sacrificó, pero evitó la guerra nuclear.

Zoilo, que siempre está bien enterado de estas cosas -bueno, y de casi todo-, dice que Kennedy fue un dandy rico, guaperas, irresponsable, embustero y fante -producto de la prensa del corazón-, que incluso hizo pactos con la mafia para ganar las elecciones, y como incumplió los acuerdos que estableció

con esta organización criminal lo terminarían matando más tarde. Afirma que esta historia de su asesinato no se ha querido difundir para no perjudicar su imagen de presidente de relumbrón, padre de familia ideal, y marido amante. Por cierto, que esta última es la única de las cualidades aquí señaladas que tenía en realidad, pero con un matiz muy importante: era amante de cualquier mujer siempre que no fuese la suya.

Bueno, pues como antes decía, en la explicación que Kennedy ofreció al mundo tras la resolución de la crisis de los misiles de Cuba mintió como un bellaco al ocultar las cesiones que había tenido que hacer, con el fin de aparecer ante la opinión pública como todo un superhombre vencedor, lo que siempre proporciona votos de las masas.

Pero, en conclusión, ¿quién era el bueno y quién el malo de esta historia?

Cierto es que existen algunas veces que sí pueden distinguirse claramente los buenos de los malos, por ejemplo en el caso de las dos Coreas actuales. La parte comunista crea misiles y hambre, y la del sur el baile del caballo e Hyundai. Parece que aquí la cosa está bien clara.

Pasa igual con lo del famoso muro de Berlín. Ahí también se podía distinguir quiénes eran los buenos y quién los malos solamente observando la dirección de los que huían. Todos lo hacían del este al oeste, y no al revés. Supongo que esto zanja la cuestión. Pero no todos los casos son así de evidentes, pues en un gran número de ocasiones resulta difícil determinarlo.

Como seguía confuso con el tema, a pesar de tanto esfuerzo realizado por mi solitaria neurona –manera, creo que cariñosa, como Zoilo denomina el contenido de mi cerebro-, decidí lo más lógico: consultar al susodicho. Recuerdo perfectamente sus respuestas, y aquí se las traslado a usted para que pueda forjar su propia opinión.

“Por un lado –me dijo una vez que le planteé mis inquietudes sobre este asunto- se podría afirmar que si no fuese porque los malos existen tampoco existirían los buenos, pues no tendríamos término comparativo. Así que los malos son los que dan sentido a los buenos. Por otro lado, debemos saber que son términos relativos que dependen del punto de vista del espectador”

Muy interesante, recuerdo que pensé, pero con eso no íbamos a ninguna parte. Así que insistí.

-Hombre, no es tan relativo –expresé con decisión-. Observa por ejemplo lo que sucedió en la Segunda Guerra Mundial. Ganaron los que indiscutiblemente eran los buenos.

-Cierto –respondió Zoilo-. Pero no ganaron por ser los buenos, sino por tener EEUU la industria más potente del mundo. De hecho murieron muchos

más aliados que nazis en esa guerra, y también perdieron muchos más tanques, aviones y barcos. Lo que pasó es que la potencia de la industria americana les permitía fabricar armas más rápidamente que las pérdidas que sufrían en los frentes; pero éstas eran enormes. No, no ganaron por ser los buenos o ser héroes, sino porque producían más bombas. Además, permíteme recordarte que entre esos aliados también los había malos, pues Stalin, que era uno de ellos, es un tipo difícil de catalogar, precisamente, como alma bondadosa...

He de confesar que quedé turbado, pero lo olvidé rápidamente pues me encantó como siguió:

-Mira, te voy a contar una historia verídica y tras oírla tú decides quienes son los buenos y malos en ella. Comprobarás que no es fácil.

Me dispuse a escucharle atentamente pues me hechizan las historias, y hay que reconocer que Zoilo las cuenta como nadie.

-Situémonos mentalmente en el siglo XIX, en Hawái –comenzó diciendo-. Kahumano era la reina que gobernaba este archipiélago tras la muerte de su marido el anterior monarca. Hasta entonces las islas Hawái, igual que otras del Pacífico, eran un lugar de vida relajada y sexualidad libre entre sus habitantes, ignorantes de nuestros escrúpulos morales a estos respectos. Para las nativas era motivo de orgullo mostrar una lista larga de amantes, y los hombres procuraban casarse con las más bellas, con el fin de que esta cualidad fuese elogiada por sus amigos. El sexo no tenía nada de pecaminoso, el cual lo acompañaban de cantos, bailes y flores. Las fiestas públicas solían terminar con lo que la cultura cristiana definía como orgías.

Yo le oía atentamente.

-Pero esta reina llegó al poder muy mayor, por tanto había perdido su pasión –continuó Zoilo-, y se le ocurrió rodearse de misioneros anglicanos, los cuales consiguieron que publicase leyes que prohibían el amor libre. Dichas leyes eran tan duras que prevenían la muerte para aquel que las infringiera por tercera vez –hizo una pausa para después continuar-. El resultado de esta moralización fue que se extendió un manto gris de tristeza entre los nativos de Hawái y el archipiélago comenzó a despoblarse, pues sus habitantes perdieron el sentido del disfrute de la vida.

-¡Vaya con la reina! –no pude menos que exclamar. Pero me parece que ni me oyó.

-Simultáneamente que la severa moral cristiana penetró en las islas –continuó-, también lo hicieron enfermedades venéreas, el amor por el dinero y el alcohol. El archipiélago se comenzó a despoblar. Así que decidieron importar mano de obra de Asia, que es la razón por la que hoy existen muy pocos descendientes auténticos de los nativos hawaianos, pero sí mucho

asiático. De aquellos tiempos paradisíacos sólo se han conservado las flores y la música. Tú me dirás quiénes eran los buenos y quién los malos.

¡Qué historia más bonita! Pero todo esto me sigue pareciendo un lío, aunque Zoilo no parecía muy dispuesto a deshacerlo. Así que tuve que comenzar a buscar respuestas dentro de mí, y de pronto lo vi: la única razón por la que este tema me interesa, como dije al principio, es porque tengo la legítima ambición desde niño de conseguir ser el malo de la película. No sé por qué, pero me atrae más que ser el bueno. Será por herencia genética... o algo que he comido y me ha sentado mal; o vaya usted a saber... Pero después de lo de 007, y del resto de casos aquí contados, no sé qué he de hacer para conseguirlo pues el nivel está muy alto, ya que la mayor parte de veces los buenos realizan actos que los hacen imposible distinguir de los malos.

EM Ariza

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es